

PABLO SÁNCHEZ

La vida  
póstuma

algaida



Diseño de cubierta: [www.agustinescudero.com](http://www.agustinescudero.com)

Primera edición: 2017

© Pablo Sánchez, 2017

© Algaida Editores, 2017

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9067-845-9

Depósito legal: SE. 1573-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**M**I NOMBRE ES MAX VON SYDOW, Y CREO QUE ESO dice ya bastante acerca de qué tipo de persona fue mi padre. No hace falta tampoco pensar mucho para deducir que, con un punto de partida así, mi vida no ha sido fácil. Aunque qué vida es fácil.

Pueden reírse de mi nombre, si quieren. Hoy en día parece que todo el mundo se ríe a todas horas, y quién soy para impedir ese placer. Ríanse. Soy muy consciente de hasta qué punto es ridículo, aunque, en realidad, no supe cómo me llamaba realmente hasta el momento en el que solicité mi primer pasaporte. Mi madre se limitó a llamarme siempre Max y sé que, en todo caso, le gustaba el nombre de Máximo. Pero parece ser que, cuando yo nací, mi padre insistió y tomó la decisión sin que mi madre opusiera resistencia (mucho después entendí el porqué). Bromeando, dijo algo así como «Máximo no es suficiente».

Los dos residían entonces en Venezuela, alojados en la casa de mi abuelo exiliado, y en ese país, por alguna

razón que desconozco, era bastante fácil evitar el santoral y poner cualquier nombre absurdo a un recién nacido. Además, mi padre se llamaba José Ángel y sin duda estaba incómodo con esos dos nombres de pila tan bíblicos. Y sólo faltaba que viera por aquel entonces *El séptimo sello* y quedara deslumbrado, no sé si más por el actor protagonista o por el significado de ese personaje (en cambio, la primera película con Max von Sydow que yo vi fue *Flash Gordon*. La de Bergman la vi muchos años después y no me gustó demasiado, aunque, desde luego, no me costó entender el interés de mi padre. El hombre frente a la Muerte y todo eso).

Max von Sydow Arranz Bosch. Suena a chiste, y lo sé. Pero así figura mi nombre en el pasaporte. Mi hermana, en cambio, tuvo más suerte. Mi madre sí se resistió esa vez y le pusieron un nombre hermoso aunque también enfático: Gloria. «Debes comprender que tu padre es así de raro», me repetía mi madre, con una especie de resignación que a veces me parecía dramática y a veces cómica, dependiendo también de mi propio estado de ánimo, tan fluctuante entre el amor y el odio a un padre como ese. Porque lo adoré durante años, pero también me enfrenté a él muy duramente, le insulté muchas veces y pasé largas temporadas sin hablarle.

Cosas típicas de padres e hijos, sobre todo primogénitos, dirán algunos; a lo mejor no hay que exagerar. Sí, es verdad que hace tiempo que a cualquier problema de niños se le compara ni más ni menos que con Edipo, y así nos hemos quedado sin mitos para lo realmente impor-

tante, que es lo que les pasa a los adultos. A mí tanto rollo edípico me trae al fresco, y no creo que sirva para entender casi nada de lo que aquí voy a explicar. ¿Matar al padre? Como verán, eso tiene gracia, en mi caso.

No, mi padre no me hizo sentir Edipo; más bien me hizo sentir una mierda durante muchísimo tiempo, que es algo bastante menos mítico. No fue fácil aguantar que tu padre, por ejemplo, desapareciera durante un año entero, sin dar apenas explicaciones, aunque después regresara con visible ternura y algún regalo barato pero exótico que nadie más en el barrio podía poseer. En realidad, eso no era lo peor: lo peor era que siempre afirmaba a su regreso que ese viaje le había servido para hacer algo *grande*. Grande, pero grande de verdad, de esas dimensiones heroicas y colosales que yo no he podido conocer o captar nunca.

«No se lo echés en cara. Tiene otras cosas en la cabeza. Es poeta». Cierto, fue poeta (probablemente era lo que más le importaba, aunque era lo que peor hacía), pero también fue novelista, periodista, político, crítico, editor y ensayista —o pensador o aspirante a filósofo—. Y no fue general de algún ejército porque no tuvo la oportunidad. Hizo muchas cosas, como tantos otros hombres de su época que se creían especiales y visionarios en una España mediocre y atrasada, y la mayoría de esas cosas tienen poco interés hoy para la mayoría de la gente. Sé que hay quien las estudia como símbolo de un momento histórico, e incluso conozco en persona a un profesor que ha defendido con seriedad el enorme valor literario de esa

obra. Pero yo no soy, ni quiero ser, un erudito o un estudioso. Y no voy a dedicarme a contar los grandes éxitos de su vida. Todo lo contrario: si algo me interesa, es precisamente contar lo que hizo después de muerto.

**N**ACÍ EN CARACAS, PERO AL CABO DE UN AÑO YA estaba en Barcelona, o sea que me puedo considerar catalán. Barcelona es también la ciudad en la que murió mi padre, aunque él era zaragozano de nacimiento. Yo al menos hablo catalán; mi padre jamás dijo una frase completa en esa lengua. Mi madre, que era catalana y muy catalana, pasó a hablar en castellano al casarse y dejó de llamarse Carme para llamarse Carmen. Esto es así y que cada uno saque sus conclusiones.

Luego hablaré de mi madre.

Yo he pasado casi toda mi vida en esta ciudad, y es probable que eso me haya atrofiado la imaginación, porque aquí se mira poco al cielo y mucho a los escaparates. Pero es que, en eso, como en tantas otras cosas, he tratado de llevar la contraria a la figura paterna. Si mi padre fue curioso e itinerante, yo he sido perezoso y sedentario. Aunque no crean que eso me ha tranquilizado; saber que soy poco más que otra cara de una moneda, o pura reac-

ción frente a la acción, resulta también muy decepcionante. Supongo, de todos modos, que es propio de nuestros tiempos; ya no es tan fácil destacar, sentirse especial, vivir heroicamente en la bohemia o en la marginalidad. Lo llaman democracia.

Pero vuelvo a Barcelona. Me he dado cuenta de que, de un tiempo a esta parte, todos aquí se comportan como si fueran eternos, como si hubieran nacido del útero de un hada. Barcelona es un buen lugar para vivir, desde luego, y a mi familia le ha ido económicamente muy bien gracias a la fama internacional de la ciudad y al evidente desarrollo comercial; sobre todo en estos últimos años, en los que nuestras calles se han llenado de turistas y empresarios de visita, y se han desvanecido los complejos de modo que nos hemos puesto a la altura de las grandes ciudades europeas. Pero es que además esta es una ciudad bonachona, llena de asociaciones, de medallas cívicas, de pedagogía y de buenas intenciones, experta en todo tipo de trueques y negociaciones, de solidaridades y compromisos. Los barceloneses no saben ser viscerales; nunca les hierve la sangre ni actúan con las entrañas. En Barcelona, Sísifo —hablando de mitos— sería un activista social y Ulises un emprendedor. Y se unirían para formar una asociación: la Asociación de Personajes Míticos de Origen Griego Reciclados para Beneficio Social.

De hecho, hay tantas asociaciones en Barcelona (seguro que en algún barrio hay alguna Asociación de Misántropos) que debo ser el único que no forma parte de ninguna, por lo que habré quedado en una especie de conjunto

vacío. Debería remediarlo: supongo que podría crear una Asociación de Hijos de Poetas Exrealistas, o una Asociación de Víctimas de Padres Fanáticos de la Razón y la Cultura, o —se me ocurre— una Asociación de Hijos Afectados por el DGPM (Delirio de Grandeza de Padre Megalómano); más de uno se apuntaría, sin duda, y podríamos hacer terapia colectiva, organizar sábados de merienda y solicitar subvenciones. Haríamos, por supuesto, nuestros homenajes a tantos hijos traumatizados, neuróticos, suicidas o drogadictos que han sido el resultado de la ambición redentora de algunos líderes generacionales. Y en nuestra reunión anual concederíamos los premios al Padre del Año.

Sí, Barcelona es una ciudad en la que hay que asociarse. Si no, te conviertes en objetivo de los asistentes sociales que quieren salvarte y quitarte cualquier tentación trágica. Y es que, más que una ciudad de postal, Barcelona parece una estupenda ciudad de juguete, como de los recortables con los que jugábamos de niño. Una ciudad en la que las pequeñeces generan grandes tertulias y reportajes de amables liliputienses, en la que los aguafiestas reciben terapia gratis y en la que la vaselina se reparte con mangueras por la noche para que todo sea más suave y razonable. Cualquiera podría creer que no hay alcantarillas (pero las hay). Como una ciudad que supera su adicción, se rehabilita cada día. Y se habla poco de la muerte, aunque en eso se parece a todo el resto del mundo. De hecho, la idea de la muerte aquí parece algo de lo más insignificante, como un chisme de vecinos o un minuto de

silencio antes de empezar el concierto veraniego de una fiesta de barrio.

Me asombra que mi padre pasara aquí la mayor parte de su vida. Hoy, desde luego, no queda nada que encaje con su personalidad; creo que la Olimpiada lo borró todo, o por lo menos quitó casi todos los abismos que le podían interesar. Su ciudad era la de aquel barrio Gótico y aquel Raval mal señalizados y de esquinas riesgosas, de prostitutas gordas y travestis verdaderamente reprimidos —no como los de hoy, quiero decir—, de nocturnidad subversiva y resacas con realismo y Alka-Seltzer, de metro con asientos de madera y playas incómodas en las que era peligroso caminar descalzo por la arena. Una ciudad en la que aún se podía paladear (precisamente por ser lo bastante lejano) el recuerdo legendario de las luchas obreras y los insólitos triunfos anarquistas, aunque ese recuerdo se comentara más en el Drugstore o en la Cova del Drac que en la cercanía de la Trinidad o la Ciudad Meridiana (porque entonces se llamaban así, en castellano).

Hoy todo eso se ha perdido, o se ha convertido en argumento de novela nostálgica. Hoy hablamos más inglés que nunca y ganamos dinero gracias a ello. Barcelona se cree Ámsterdam, por lo menos, y el barrio Gótico es una Disneylandia de la bohemia. Los perros y las perras se olisquean en la calle mientras sus dueños se saludan cordialmente y piensan en su interior que podrían follar entre ellos si quisieran. Los jubilados se sientan en los parques y las plazas y piensan en su interior que han cotizado treinta y cinco años para eso, para estar sentados

ahora y gozar de una paz inviable para sus propios abuelos. Mientras tanto, sus tumores van creciendo por dentro. Y los columpios rotos de los parques los repara en seguida el ayuntamiento.

Sea como sea, Barcelona es un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar a cambiar el mundo. Eso, en pocas palabras, era lo que creía José Ángel Arranz. Pero esta no fue, desde luego, la idea que más nos hizo pensar que estaba, digamos, loco.



**A**MUCHOS, INCLUIDOS AMIGOS Y COLEGAS DE PROFESIÓN, les parecieron siempre ridículas y teatrales las ambiciones de mi padre, y así lo manifestaron en entrevistas y actos públicos, de forma a veces poco respetuosa (es hora ya de decirlo). No llegaron a llamarle loco, porque esas cosas se detectan más en la intimidad de un hogar; desde fuera es más fácil decir genio —si se le defiende— o imbécil —si se le ataca—. Yo, que conocía muy de cerca esas ambiciones, no las subestimaría tanto. Si digo que José Ángel Arranz quería, ni más ni menos, liberar a la humanidad de toda injusticia y que creía que podía aportar, desde nuestro sencillo hogar en Barcelona, algo importante a esa causa, no exagero: lo creía, y no tengo dudas. Es más: cualquiera lo puede comprobar a través de sus muchísimos libros. ¿Lo creía, digamos, ciegamente, hasta el punto del sacrificio evidente y comprobable? No tengo una respuesta clara. Lo que sí sé —*porque lo he sufrido*— es que mi padre consideraba necesario

mortificarse a menudo con la exigencia ética, y creo que se chequeaba en eso tanto como un diabético con su enfermedad. Por ese motivo especulaba, muchas veces a gritos, con ejecuciones sumarias o no de genocidas y opresores, nuevas constituciones para países de los dos hemisferios, emancipaciones de todo tipo, utopías de sociedades estéticas centradas en el culto a la belleza y el humanismo, transgresiones permanentes, guerras defensivas contra Estados Unidos y cualquier forma de imperialismo, heroísmos de Salvador Allende y equivalentes, y banderas revolucionarias izadas.

No me parece que cambiar el mundo sea un proyecto indigno; yo, desde luego, no tengo nada mejor que ofrecer. Otra cosa es el precio que se pague por ello. Mi padre no llegó a matar a nadie (no en vida, al menos), pero el coste para mí fue inmenso. Tener a un padre de ese estilo, con ese complejo de Prometeo, es como no tenerlo, o como haberlo perdido, y ganar una utopía, cualquier utopía, no compensa del todo esa pérdida.

Eso sí: decir, como han hecho esos a los que he mencionado (que no siempre eran mejores que mi padre), que José Ángel no era sincero en esos libros no revela nada, salvo que ninguno de ellos vivió con él ni fue su hijo. No saben lo fanático que podía llegar a ser; no conocen su obstinación, su capacidad para reinventarse y fantasear. Su crueldad, en definitiva, de hombre-Dios, como él mismo diría, pero para aplicárselo a cualquier otro. Eso significa, básicamente, que, aparte de ser un cabrón, también era un hijo de su tiempo, como yo lo soy del mío.

Que nadie se engañe: no le estoy perdonando. Simplemente digo que, a diferencia de mí, no se conformaba con nada que no fuera total.

De todos modos, mi padre sabía que esa justicia absoluta con la que soñaba requería de muchos más esfuerzos como el suyo, una infinidad de esfuerzos, con toda seguridad; y quizá por eso se empeñó, *modestamente*, en tener al mismo tiempo otro proyecto más personal y doméstico aparte del de salvar al mundo. Un proyecto demencial, tortuoso y, aunque parezca imposible, infantil y senil a la vez: el proyecto de convertirse, después de muerto, en un fantasma. Pero un fantasma, cómo decirlo, de verdad.

No se rían, ahora no; hablo totalmente en serio. Mi padre recurrió tenazmente a todos los conocimientos y experiencias de muy diverso tipo acumulados por él y yo diría que por toda la humanidad para vencer el olvido y lograr seguir existiendo después de su muerte; todos los saberes, fórmulas, ritos, engaños y protocolos que alguna vez se han utilizado para ese objetivo. Es evidente que lo consiguió, pero me corresponde a mí explicarlo para demostrar que su autoridad sobre mí no ha terminado todavía, y que quizá no terminará nunca.